

# INSTANTÁNEAS



# GUÍA PROFESIONAL É INDUSTRIAL

DE

## "INSTANTÁNEAS"

<b>ABOGADOS</b>	DR. RICARDO LARENAS <i>Dentista</i>
VICENTE ECHEVERRÍA <i>Abogado</i> San Ignacio, 174.	Graduado en Filadelfia. Moneda, 1154.
RAFAEL MOLINA ARZA Estudio: Delicias, 1039.	<b>ARIOS</b>
<b>MÉDICOS CIRUJANOS</b>	VIÑA SAN PEDRO <i>J. Gregorio Correa Albano</i>
DR. DAVID FRÍAS Delicias, 1354. Consultas: de 12 á 3 P. M.	Depósito: Claras, 257. Teléfono Inglés 975. Nacional 318
<b>DENTISTAS</b>	JARDIN CENTRAL
CONSULTORIO DENTAL del Dr. E. FERNÁNDEZ PRADA Morandé, 131. Consultas: de 9 á 11 y de 2 á 5	Especialidad en toda clase de trabajos en flores. Teléfono 1077, calle Alonso Ovalle, frente á la iglesia de San Ignacio.
FLORENCIO HERNÁNDEZ <i>Dentista</i> Teatinos, 32. Consultas: desde 1 P. M.	M. RAMOS PROFESOR DE BANDURRIA Y GUITARRA <i>Clases á domicilio — Enseñanza garantida</i> Órdenes: casilla, correo 211.

## INSTANTÁNEAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

Cficina: Moneda, 1164. — Correo: Casilla 655

La correspondencia debe ser dirigida al DIRECTOR DE INSTANTÁNEAS. Los originales, se publiquen ó no, se destruyen.

Número suelto..... 10 centavos  
Número atrasado..... 20 „

Se admiten suscripciones sólo para fuera de Santiago á cinco pesos anuales, de 1.º de abril á 31 de marzo de cada año  
Se advierte á los comerciantes que exijan recibos impresos y timbrados á los agentes de avisos si pagan el valor adelantado.

# INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

ES PROPIEDAD

Año I

Santiago, 26 de Agosto de 1900

Núm. 22

## SERVICIO OBLIGATORIO

Dentro de poco, los cuarteles volverán á abrir sus puertas á los contingentes de blusa, para echar más tarde á la calle las masas armadas con Mauser.

El servicio obligatorio es casi una realidad. No se nos oculta, sin embargo, como á moralistas ó filósofos, que el servicio obligatorio es una verdadera anomía y una odiosa excepción.

En primer lugar, creemos que antes de obligarse á un hombre á nuevas cargas, debería obligársele á cumplir las que tiene; y en segundo lugar, creemos que hay muchas cosas mucho más obligatorias, mucho más necesariamente obligatorias que cargar las armas y aprender marcha de parada.

Vamos á verlo. ¿No es verdad que un hombre está obligado á pagar las deudas? ¿No es verdad, también, que las deudas se pagan rara vez? Bueno. ¡Cuánto más útil sería hacer el pago de las deudas furiosamente obligatorio, denodadamente obligatorio!

Se nos dirá que la patria necesita soldados. Está bien. Si se hace constar en todas partes la mortandad de párvulos, la disminución de la población, ¿por qué no se instituye el matrimonio obligatorio?

Sin embargo, no somos en manera alguna enemigos del servicio obligatorio como medio de educar á la juventud y acostumbrarla á la actividad muscular.

¡Oh, los músculos! En estos tiempos no se hace nada sin músculos. Dadme un punto de apoyo—dijo el renombrado matemático Arquímedes—y moveré al mundo. Dadnos músculos—decimos nosotros—y sujetaremos la rueda de la fortuna. Y si no que lo diga don Malaquías Concha, víctima de la abundancia muscular del señor Padilla.

Esa es la causa por qué nosotros sentimos que estén excusados para el servicio obligatorio los hijos únicos de madre viuda, porque por ser únicos y por ser hijos de viuda, tienen pocos músculos ó músculos relajados. He aquí la causa de que digan verdad los que por equivocación dicen: «*hijos viudos de madre única.*»

Cierto es que la palabra *único* va á dar lugar á risueñas interpretaciones:

—¡Oh, señora!—le dirán á una viuda—¿por qué no van sus cinco hijos al cuartel?

—Porque son *únicos*.

—¿Cómo *únicos*?

—Sí, señor; cada uno es *único*... en su género.

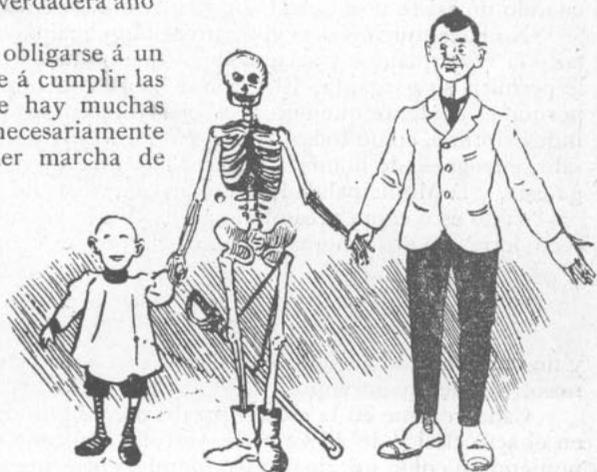
El servicio obligatorio será una realidad, y veremos á los raquíticos muchachos que hoy se resfrían de sólo lavarse las manos, convertidos en un soldadote del pellejo duro y pulmones de acero.

El cuartel es una sublime brutalidad. Comer mal, oler á caballo, usar botas estaquilladas, dormir al lado de la silla de montar y despertarse á cornetazos con el alba, no es de ninguna manera una agradable expectativa.

Mucho más cuando ya de antemano se exprese que eso es «obligatorio», es decir, que se quiera ó no se quiera, la cosa no tiene vuelta.

La ley ha querido hacer aprovechar á los hermanos de los que han muerto bajo las banderas de la patria, una excusa que tiene su origen en la tumba. Nuestro dibujante ha interpretado esta excusa con su buen humor habitual.

Nadie se hará rico con los diez pesos mensuales que se servirá pasarle el Fisco á cada recluta,



«salvo error ú omisión»... ó multas. Porque sólo con las *caldías* que en los seis meses le pedirá el cuerpo á cada conscripto, harán agotarse la asignación.

Seis meses de servicio obligatorio lo vuelven á un hombre del revés, lo reforman, lo educan, lo fortalecen.

Es de esperar que con esta ley, que es una verdadera ley sanitaria, se harán grandes beneficios á la raza.



## NOCHE DE TEATRO

Estamos convencidos, serenamente convencidos, de que habría hecho más dinero y llevado más concurrencia al Municipal una compañía de opereta francesa ó italiana como la Tomba, alternada con una buena compañía de drama, que el dinero que va á hacer y la concurrencia que actualmente logra la compañía lírica.

No podemos negar honradamente que la actual compañía tiene muy buena voluntad y muy buenos deseos para dar gusto al público. No podemos negar tampoco que el público guarda una prudente actitud cuando asiste, y se queda resignado y mudo en sus butacas, y mucho más cuando no asiste y se queda abrigado y quieto en sus lechos.

No hace muchos días el teatro se vino abajo de aplausos y aclamaciones, porque al tenor le faltó la voz; aplausos y aclamaciones que no había logrado hasta entonces emitiendo toda la que le permitía su garganta. El tenor se habrá lamentado muchísimo de no haber nacido sordo-mudo, porque es evidente que entonces cada presentación en la escena le habría valido una ovación indescriptible, como todas las de *El Ferrocarril*. El tenor sordo-mudo sería el tenor ideal. Con salir, encogerse de hombros y hacer leer una cartita pidiendo benevolencia, se vendría abajo la galería, y la Municipalidad derramaría lágrimas de justa compasión.

Todo esto como preámbulo á una *Noche de Teatro*, que fué la que tuvimos hace poco. Nos tocó detrás de dos señoras que tenían sobre sus cabezas dos tropicales sombreros

llenos de plumas de colibrí,

y de otras majaderías multicolores, de mal gusto en general, y de especialísimo mal gusto para nosotros que las sufríamos.

Cada vez que en la escena pasaba algo digno de mirarse, por ejemplo la salida de las coristas en el acto clásico de *Mefistófeles*, vestidas con traje de baño, las dos señoras juntaban sus cabezas poniéndose como un gigantesco biombo entre nuestros ávidos ojos y las coristas greco-santiaguinas de la escena.

Eran inútiles nuestras piruetas. Suspenderse sobre las butacas era cambiar el biombo de cinta por la pantalla de plumas; bajar la cabeza era cambiar esos dos obstáculos por el impenetrable de las cabelleras negras.

En esta situación resolvimos prescindir enteramente del escenario y dedicarnos á la concurrencia.

En la galería dos ó tres tapadas se permiten el lujo de mirar con gemelos hacia abajo. Al lado guardan una actitud igualmente tapada sus acompañantes. Más abajo, en las lunetas de balcón, todos los profesores de música se conmueven detrás de sus gafas. Un bromista aprovecha cada entreacto para hacer soberbias imitaciones del ladrido de un quiltro, desesperando así á la policía que busca inútilmente al perro para echarlo fuera.

En los palcos de segundo orden principia la vida activa de la velada teatral. Las miradas intencionadas, las posiciones largamente estudiadas ante un espejo, el supremo desdén de las bellezas que saben que, desdeñosas y todo, son admiradas desde abajo, la actitud prescindente de las mamás en el fondo del palco, son elementos decorativos, que á pesar de privarse uno de la vista del escenario, interesan y entretienen.

Todavía el que está en platea y no tiene correspondencia visual con palco alguno, tiene que ser consultor y confidente de todos los camaradas. Uno tiene que opinar si ella mira con intención ó con indiferencia; si debe mirar con gemelos ó sin ellos; si podrá ir al palco ó quedarse en platea...

En fin, que una noche de teatro suele tener muchos más atractivos, fuera del escenario y de lo que en él pasa, que atendiendo á la ópera que se representa. Lo hemos experimentado tras enormes sombreros que aun nos pesan sobre la boca del estómago.



# COLABORACIÓN CIENTÍFICA

## DE LOS TEMBLORES Y LOS TERREMOTOS

Los temblores son fenómenos pavorosos engendrados en las entrañas de la tierra que se retuercen y palpitan con gran ruido.

Cuando las casas se caen se llaman terremotos.

Cuando muere gente, pasan á la categoría de catástrofe.

Mucho se ha discutido sobre la causa de estos desagradables fenómenos: los movimientos de la masa ígnea, los volcanes, la cólera divina, las atracciones de los planetas son, según encontradas opiniones, las perturbadoras de la, por lo general, tranquila y apacible superficie de la tierra.

Los temblores van acompañados de cierta pesadez en la atmósfera, de susto en los corazones de menor cuantía, de desmayos neurálgicos en las señoras de precisión ó sensibles, de aleteos de los patos, de cacareos sobrenaturales de las gallinas y de catarros y bronquitis cuando obligan á los hombres, que temen las vigas de la enmaderación, á salir al patio en paños menores en las noches frías.

Respecto á este último punto, muchos adoptan un temperamento medio: se quedan en el dintel de la puerta y allí esperan, con una seguridad y sangre fría relativas, el desenlace del fenómeno seismítico.

En los temblores nocturnos (que son los más)

se debe salir, por lo menos, con la cama á cuestas; para evitar resfriados, lo mejor es dejar al lado de ella zapatillas especiales que se calzan en pocos instantes.

Nuestros respetables cuanto pusilánimes antepasados, estudiaban á fondo estos terribles fenómenos, usaban en las habitaciones aparatos especiales para medir la intensidad de sus vibraciones, que consistían en una coronta de chocolo de proporciones estéticas, colgada de un hilo de la pared. Al menor ruido toda la familia fijaba la vista en ella, y según sus indicaciones, se huía á la *tembloreira* ó cuarto de los terremotos, cuyos muros estaban atestados de troncos de corazón de espino y cuyo techo era muy liviano y con las vigas forradas en colchones y amarradas con látigos para amortiguar la catástrofe.

Se dictaron leyes municipales que prohibían edificar casas de más de un piso, lo cual habría sido, por otra parte, inútil porque vivir en altos era un delito.

Hoy todas esas precauciones se han descuidado de una manera lastimosa, descuido que se lamentará con lágrimas de sangre el día que la tierra se fatigue de soportar edificios como el de los RR. PP. Agustinos ó como la torre de San Francisco. Es inútil que se la quiera alhajar con elegancias arquitectónicas ó con estucos concupiscentes; todo caerá y no quedará ladrillo sobre ladrillo.

Los chilenos olvidan el terremoto de mayo, en el que el Mapocho se resistía á pasar por debajo del puente de cal y canto, que hacía caer las tejas, los Ministerios y el pelo de los venerables, que obligaba á los ratones á salir de sus cuevas y que abrió ancho campo á los receptores para notificar en la Plaza á los ocultos que allí de rodillas pedían á gritos misericordia.

¿Volverán esas calamidades á visitarnos? Difícil es contestar á la Dirección de INSTANTÁNEAS esta pregunta, y mucho más difícil indicar de una manera aproximada la fecha crítica, si se considera que soy un astrónomo chileno y que nadie es profeta en su tierra.

Si se toman en cuenta los estudios anteriores, que permiten establecer periodos regulares y ciertas manifestaciones externas de los loros, que por su larga vida y por su instinto prodigioso son fuentes de indicios para conocer la aproximación de la onda terráquea, puedo asegurar que habrá terremoto antes que reasuma la presidencia don Federico Errázuriz.

He hecho algunos cálculos que permiten conocer los principales efectos del meteoro. Las



EL PINTOR D. RAFAEL CORREA, EN SU ESTUDIO

torres de la Catedral quedarán recostadas en la Plaza, con las cruces en frente al edificio del Correo, las campanas sonarán al caer, los corceles de los carros urbanos lanzarán patadas significativas y los adoquinados dejarán ver grietas é intersticios por los cuales desaparecerán los transeúntes.

Respecto á la vieja idea de que basta salir á un patio ó á la calle para poder respirar tranquilo, debo decir que es errónea, puesto que los edificios no caen nunca de una manera vertical. Los únicos puntos más ó menos seguros para pasar la catástrofe, son los lugares despejados como la elipse del Parque ó la plazuela de la Estación.

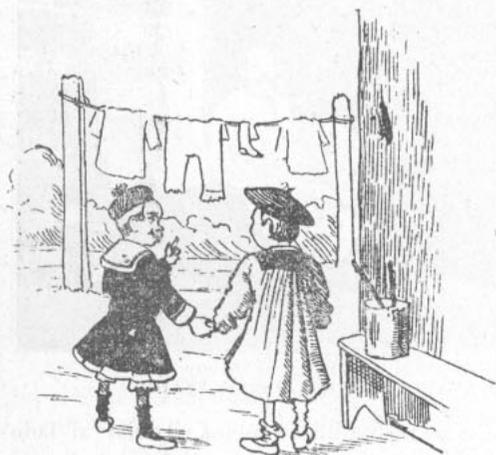
Los mejores edificios para resistir los temblores son los que construían los romanos en la época de su decadencia; los cimientos eran grandes boyas que flotaban en estanques llenos con agua ó mejor con aceite. Las vibraciones del suelo se transmitían amortiguadas, puesto que el líquido conservaba siempre su superficie horizontal.

Este sistema de construcción sería el más á propósito para un país que, como Chile, es visitado con tanta frecuencia por los misteriosos huéspedes.

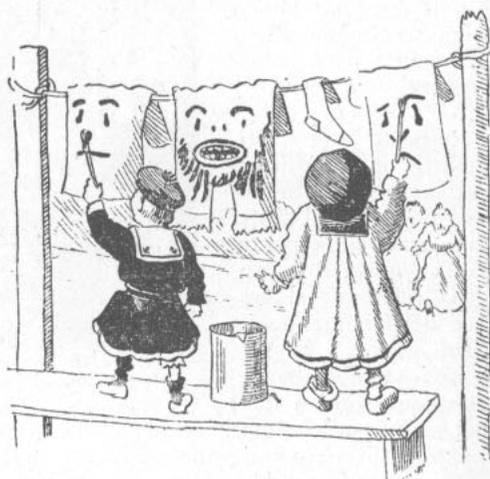
Pero el grado de atraso intelectual hace estéril todas las ideas nuevas y atrevidas, por lo cual es mejor no darles desarrollo.

ANICETO FLAMMARIÓN

### «CON LA BROCHA QUE PINTAS SERÁS PINTADO»



1



2



3



4

## El holocausto de una Hija del Celeste Imperio

Recostada en una silla de balanza que se columpiaba dulcemente, cantando una balada siberiana que reflejaba en sus notas los vientos helados de la frontera de la Rusia y tocando las pandeteras de cuero de bisonte adornadas con aves del paraíso de vivos colores, estaba la celestial Ro-ka-na contemplando desde las azoteas del palacio de los mandarines del ocaso los alrededores de Pekín cubiertos por tropas boxers que en grandes hogueras preparaban su comida, consistente en filete de perro con arroz y chicharrones de neófitos cristianos.

Algunos jefes llevados en hombros por los prisioneros examinaban atentamente los menores detalles del campamento y condenaban á castigos severos á los que habían violado las disposiciones del príncipe Tuan.

A un pobre voluntario de To-kio, por encontrársele el fusil algo deteriorado, fué condenado á perecer pendiente de la oreja derecha y del talón izquierdo.

El infeliz pedía por amor á Brahma una muerte más rápida y más llevadera, clamaba con voces extrañas á sus compañeros para que le traspasaran la caja del cuerpo de un elegante disparo de Mauser.

Todo era inútil, ya un sargento del batallón Maceradores de la Escolta le había traspasado la oreja con el anzuelo de la agonía, ya el cordel bifilar pendía de un frondoso kaki de la comarca, ya algunos esbirros se preparaban para sacarle los ojos con cucharitas de lata y rompían vidrios para rajarle la boca hasta las orejas, cuando el infeliz volvió la vista hacia la azotea y distinguió en ella la silueta de Ro-ka-na, su vieja Ro-ka-na que había mil veces en las campiñas de To-kio sellado sus labios con el beso del amor y había dejado adornar su trenza por el histórico ramo de maravillas y de cardos.

El joven y desventurado Mazeira hizo señas, gritó y trató de desprenderse de los brazos de sus verdugos para darle á su amada la eterna despedida.

Ro-ka-na miraba el suplicio con los ojos indiferentes, un sol abrasador hacía correr por los rostros bronceados de los boxers gruesas gotas de sudor, algunos oficiales corrían en todas direcciones impartiendo órdenes y á lo lejos se sentía el estampido de los cañones de las tropas aliadas que marchaban sobre Pekín.

Por fin, Ro-ka-na lo distinguió y rápida como el rayo se lanzó por las escaleras, llegó á la calle, sobornó con algunas monedas de plata en forma de anillo á los guardias de la gran puerta y se presentó en el lugar del suplicio en el instante mismo que sonaba la corneta que daba la orden de comenzar el encarnizamiento.

Las cejas de la joven se arquearon para arriba, el pelo se le erizó y sus diminutos pies se contrajeron dentro de los zapatos de fundición, al contemplar el lastimoso estado en que su amante se encontraba.

Quince segundos después se interponía entre él y los verdugos.

Pero en este corto tiempo un cambio radical se había operado en todo el campamento. Las tropas se habían dividido en dos bandos: uno, el más débil en número, era el de los valientes, que en esos instantes cogían el rifle para repeler á las tropas internacionales que estaban cercanas; otro, débil en bizarría, huía lanzando sonidos ininteligibles y arrojando por todas partes los rifles, las cartucheras y demás elementos de pelea.

Los cañones de grueso calibre de las murallas lanzaban granadas, que estallaban en culebrillas multicolores entre las filas veteranas de los europeos, la ciudad comenzaba á arder, el príncipe Tuan animaba sus huestes y con gran indiferencia por las balas, sin desmontarse del caballo, comía un sanwichs de capitán inglés, con mantequilla de civilizado.

Ro-ka-na, entre tanto, trataba de romper las ligaduras de Mazeira que muerto de pavor daba explicaciones á su amada por su indisciplina; pero los internacionales se acercaban, todos los chinos habían huido y entre las nubes de polvo y de humo se destacaba una colección completa de uniformes militares.

Entonces Ro-ka-na cogió á Mazeira y arrastrándolo como le permitían sus fuerzas, lo llevó hasta la gran puerta, que se cerró tras ellos, y allí, no pudiendo avanzar más, se contentó con abanicarle el rostro cubierto de barro.

Una compañía de húsares ingleses llegó á la puerta y trataron de derribarla con grandes golpes; pero al ver frustrado su intento se sintió la voz del capitán que dijo:

—Esta puerta ser mucho firme; dinamita.

Ro-ka-na escuchó estas palabras, que eran su sentencia, con la indiferencia que manifiestan en esos momentos los individuos de la raza amarilla, y abrazándose de su amante escuchó el chirrido de la mecha, oyó los grandes pasos de los ingleses que se retiraban y cerró los ojos al sentir la detonación.

Un instante después los restos de ambos volaban por los aires, mezclados con las piedras de la muralla y con los trozos de la puerta para ir á caer á varias leguas de distancia.



# VIEJA CANCION

Londres, Mayo de 1900.

El crepúsculo se prolongaba como una agonía lenta y dolorosa, porque era un crepúsculo en que ni un resplandor había roto la monotonía del cielo todo gris muy oscuro; ni una brisa había empujado la niebla que se arrastraba por las calles humedeciendo el suelo, los muros de piedra ennegrecida, los vestidos de los transeuntes que iban de prisa á guarecerse en el hogar tibio y amoroso.

La indecible, la infinita tristeza de esas tardes brumosas en Londres, sólo la comprenden y la sienten los que han vivido en una tierra de luz, donde el sol reverbera en las naves transparentes y en las albas nieves de los montes, y en las flores rojas y azules de la pradera; donde al morir el día se incendian los cielos en una orgía de colores que sólo se apaga para dejar que brillen las estrellas en el profundo y sereno abismo.

Y aquella tarde de Londres, doliente fin de un día oscuro, tenía no sé qué nuevo colorido de tristeza, qué detalles para ser más desoladora y pesar más gravemente sobre mi alma que todas las otras fúnebres tardes que la precedieron.

En los barrios comerciales zumbaba la colmena humana. Los ómnibus, los *cabs*, los vehículos de todo género parecían correr más de prisa, envueltos en el vaho del aliento de sus caballos. La multitud se movía nerviosamente pisando el lodo que cubría las veredas. Y todo se hundía á corta distancia en ese vapor gris azulejo, mezcla de nieblas y de humos que, como un sudor del gigante pueblo cansado de trabajar, empapa á Londres y lo pone pegajoso, sucio y desagradable.

Y yo iba solo, alejándome de las calles activas, buscando otras en que los árboles tendían al aire sus ramas con las primeras hojas de un verde pálido, muy pálido, pobres hojitas muertas de frío sin un rayo de sol para darles color y fuerza.

Yo iba con los recuerdos de mi tierra, sintiendo á ratos en la fantasía el calor de las tardes estivales en los campos patrios, oyendo voces familiares, mirando rostros queridos, cayendo luego en la fría, la nebulosa, la húmeda y oscura realidad que parecía aplastarme con aquellos altísimos caserones de piedra que el humo y el moho han teñido de negro.

Estaba solo, absolutamente solo en la inmensa ciudad; tan solo entre aquellos millones de seres humanos, como pudiera estarlo en la cima de la más inaccesible montaña perdida entre las nubes.

Pasaban las gentes muy de prisa, con el paso del que va hacia el hogar donde le aguarda la cena, la humeante sopa servida por la esposa, en medio de la familia que charla sobre las horas del día que pasó, y ríe y es feliz.

Y á todos los aguardaban. Por eso estaban urgidos, subían á los ómnibus, llamaban un *cab*, miraban el reloj y apuraban el paso.

Como nadie me aguardaba, iba yo como una sombra oscura, hundido en el oscuro fondo de las murallas, muy lentamente, sin conciencia clara del camino que recorría, con el alma vacilante entre la luminosa visión de lo ausente y la niebla fría del presente.

No quería llegar á la casa, porque allá la presencia y las conversaciones de los extraños alegrían de mi espíritu aquellos recuerdos que iban surgiendo delante de mí, aquellos rostros que me sonreían, aquellas voces que me llamaban por mi nombre en el dulce y familiar acento, aquellos horizontes de luz con las cordilleras nevadas en el fondo que se me pintaban claros y vivos en vez del fondo gris de la triste calle.



No quería llegar á la casa, porque la animación de la vida social iba á disipar la nube de tristeza que me envolvía y en la cual quería hundirme con esa voluptuosidad de ciertos dolores, que duelen, ¡que dan pesar, pero que no se quiere abandonar y se echan de menos cuando han pasado.

Entonces, en la calle solitaria y silenciosa, llegó á mi oído una música débil, quejumbrosa y aguda. Un viejo tocaba el violín apoyándose de espaldas en el tronco de un árbol, y la chiquilla que lo acompañaba, tendía la mano mirando hacia los balcones del frente donde una dama y algunos niños oían la humilde serenata.

Primero distingo solo las notas altas que me parecen discordes; pero á medida que avanzo hacia el músico, la melodía se diseña, se forma, se desprende poco á poco de la vacilante vibración de las cuerdas y el arco.

¡Dios mío! Yo conozco esa melodía!... ¡Sí!... ¡La he oído mil veces! Es una vieja canción que cantan allá en mi tierra...

¡No puede ser! ¿Cómo puede tenerla en su repertorio el músico callejero de Londres?

Después no cabe duda. Ha comenzado de nuevo la melodía y las palabras del canto suenan en mi oído evocadas en la memoria con un acento que conozco:

¡Oh flores que nacéis tristes  
entre la yerba escondidas!...

Y mientras el viejo mueve tembloroso su arco, yo me detengo...

¡Lo recuerdo todo como si fuera ayer! En la tibia noche de enero nos sentábamos en la *era* sobre el montón de paja recién trillada; estábamos todos: la abuelita, los padres, las lindas muchachas y los colegiales en vacaciones. Y ella cantaba con su voz tan fresca y tan alta que parecía un canto de pájaro; cantaba canciones alegres, versos burlescos y á veces esa vieja, esa conocida poesía de *Las Violetas* que en mi adolescencia llena de románticos sueños, me ponía sentimental, que más tarde me pareció cursi y vulgar, que ahora, en el crepúsculo de color de ceniza, á tantos años y tantas leguas de los días gloriosos, me sonaba en el alma con ternura indecible.

Pasé delante del viejo cuya obscura silueta se confundía con el tronco del árbol; vi su barba blanca cayendo mustia sobre la caja del violín, y su agudo perfil de hambriento bajo el sombrero de alas anchas. La chiquilla me tendió su mano:

—¡*Pity the poor blind!* ¡Comasión para el pobre ciego!  
Le di una moneda y apuré el paso.

Las notas de aquel violín me desgarraban las entrañas. Era esa misma... ¡*Las Violetas!*... La cantaba ella siempre... La sabe allá todo el mundo... Pero el ciego, con su mano vacilante, con su violín desafinado, con su barba blanca metida entre las cuerdas, la ha hecho más triste aún, y una amargura sin límites se apodera de mí.

Por eso huyo, camino más aprisa; no quiero oír la canción que ella cantaba en las noches de verano, á la luz de las estrellas, sentada sobre las espigas deshechas; no puedo soportar la angustia que todo aquello me causa, porque siento deseos de gritar, de llamar en mi ayuda.

Por eso me sumerjo rápidamente en la bruma y el humo, me deslizo á lo largo de los helados muros de piedra y poco á poco la vieja melodía se apaga, se deshace, se disuelve en notas agudas que remedan un llanto lejano.

¡Oh! Sí! Era esa, esa misma la canción que ella entregaba al viento de la noche con aquella voz que eternamente sonará en las soledades de mi alma!

Hace frío. La niebla moja como una lluvia invisible.

¿Hay lágrimas en mis ojos?—Nó; es el aire de Londres, que así como humedece la adusta faz de los muros de piedra y empaña los cristales, condensa las nostalgias en nuestros ojos fatigados de no ver lo que amamos.



# LA FUENTE DEL BESO

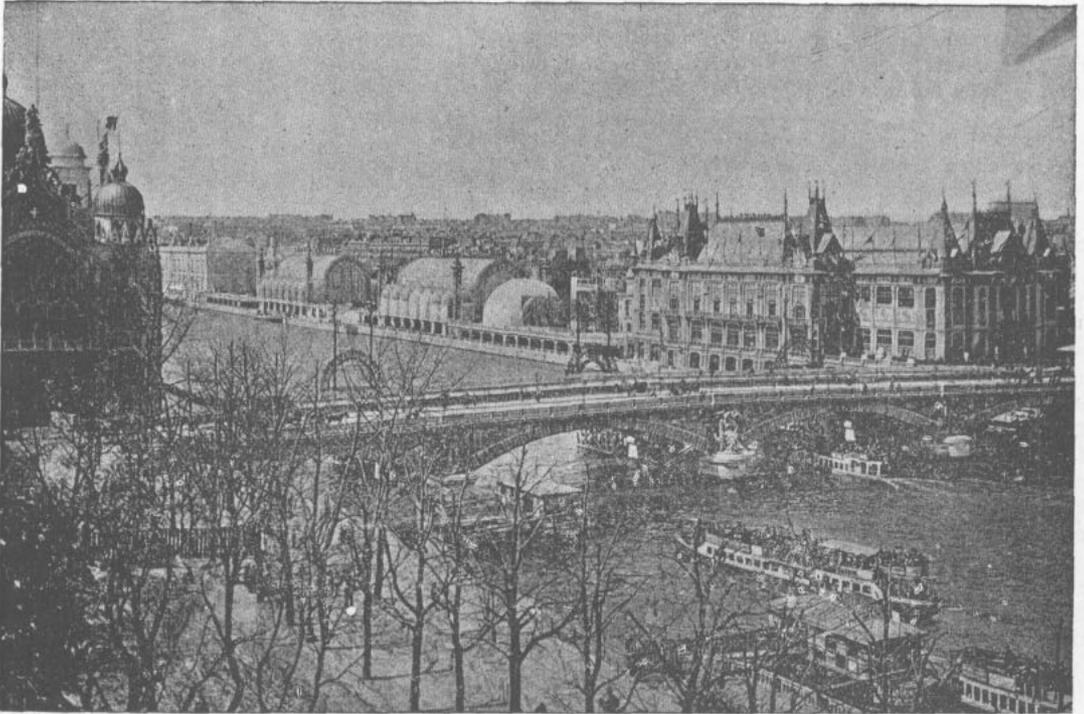
Así la llaman: «La fuente del beso». Brota el manantial de una roca muy grande, vestida de muchos colores, tapizada por el musgo, adornada de plantas trepadoras que han ido arraigando en las desigualdades y en las grietas.

Por una grieta mayor sale el agua, y para que no caiga pegada á la piedra, sino formando graciosa curva, que un sabio llamaría parábola, destruyendo con este nombre prosaico toda la poesía de la roca y de la fuente, ensancharon los campesinos la hendidura, y en ella encajaron sólidamente un pedazo de teja que hace oficios de caño.

De este modo el agua se lanza, toma cristalina curvatura y llena con felicidad los cántaros de las mozas que desde la aldea próxima vienen á tomar agua á la fuente.

Al pie del caño se ha socavado en un saliente de la misma roca un hueco á modo de pilón, que vierte por uno de los costados en una pequeña reguera de donde nace el arroyo que más lejos desagua en el río.

¿Por qué esta tosca y antiquísima fuente se llama «La fuente del beso»? ¿Procede su nombre de alguna tradición ó de alguna leyenda? Lo ignoramos. Si á los tiempos modernos nos atenemos,



EXPOSICIÓN DE PARÍS.—PALACIOS DE LA CIUDAD DE PARÍS Y DE LA HORTICULTURA

más bien debiera llamarse «La fuente de los besos», pues junto á la fuente se despiden al despuntar la mañana ó al caer la tarde muchas parejas enamoradas, cuando él se va á servir al rey ó acaso á Ultramar á buscar fortuna, y ella se queda dando algunas lágrimas al manantial y algunos suspiros al viento con las últimas palpitaciones del último beso.

A este sitio solitario y agreste y perdido en espesa arboleda, se puede llegar por dos caminos que ambos vienen de la aldea inmediata: el uno rodeando la parte alta, que por esta razón se llama *el camino alto*, y el otro subiendo del valle, que asimismo se llama *el camino bajo*, y por una especie de antonomasia *el camino de la fuente*; aunque los habitantes de la aldea jamás sospecharon que existiese esa figura retórica.

Y ya está descrito el escenario, que lo es todo, á decir verdad; porque el drama no existe, ó es tan humilde y tan tenue como una ondulación del agua en la rústica alberca, que va recogiendo los espumosos borbotones del caño al separarse de la media teja que los conduce al salir de la roca, y que en el espacio los abandona á su destino.

Su destino ya se sabe cuál ha de ser: caer en el pilón, correr por la reguera, hundirse en el río, y al fin ser tragados por el mar y por sus aguas salobres.

¡Nacer tan pura y tan cristalina para perderse en un infinito de amarguras!  
Pero volvamos á la fuente.

Es la caída de la tarde, y hacia la fuente se dirigen dos parejas; pero esta vez no son mozas ni mozos enamorados.

Por el camino alto viene un viejo con un niño de la mano: debe ser su nieto.

Por la senda del camino bajo viene subiendo una vieja, y agarrada á su falda una niña: abuela y nieta debe de ser.

Mal dijimos al decir que no eran dos parejas de enamorados. ¡Como si no hubiera más que una clase de amores!

Casi al mismo tiempo llegaron las dos parejas á la fuente, y cada una se detuvo á distinto lado de la roca, precisamente del lado por donde venían.

Silenciosos se quedaron, sin saludarse apenas, demostrando por su silencio, por su indiferencia y por cierta reserva agreste, que no se conocían.

Y así pasaron algunos momentos. El viejo reteniendo al niño, la niña agarrada á las faldas de la vieja, y el viejo y la vieja sentados en los salientes de la roca, mientras el agua salía á borbotones con gran fuerza, porque el caño venía muy lleno y deshaciéndose en espuma.

Al fin el niño, como el más atrevido de los cuatro, se soltó de la mano que le sujetaba y vino al centro de la fuente á jugar con el agua, á tirar piedrecillas y á desviar con su manita la dirección de la pequeña catarata.

De cuando en cuando, el viejo le decía levantando la vista: «Mira que te estás mojando». Y después dejaba caer la cabeza, por este afán que tienen los viejos de mirar hacia el suelo. El niño seguía con sus pequeñas travesuras y mojándose de lo lindo.

La niña, sin soltar la falda de la vieja, abría muchos sus hermosos ojos azules y miraba fijamente al chico con admiración infantil, pensando acaso que aquel niño era muy gracioso y muy atrevido, y que á ella le gustaría también meter la mano en la fuente, desviar el caño y deshacer sus espumas.

Pero no se atrevía, porque estas grandes empresas requieren grandes alientos.

Al fin el niño reparó en ella; cesó en su faena, la contempló un rato y se echó á reír.

Naturalmente, la niña se echó á reír también.

Los pájaros se entienden piando; los niños se entienden riendo. Es el lenguaje universal de la infancia.

Al fin el niño le dijo á la niña: «¿No quieres venir á jugar?»

Y la niña miró á la abuela, y antes de que la abuela contestase, y sin decir nada, soltó la falda de la vieja, y de una carrerita se acercó al niño.

Aquella carrerita no estaba en armonía con su timidez; pero era el arranque del deseo contenido. Del mismo modo que cuando se tapa la boca de la fuente y luego se separa la mano, el primer borbotón es muy fuerte y muy espumoso.

Los niños se pusieron á hablar en su jerga y á reír mucho. ¡Dijérase que eran nuevas espumas en «La fuente del beso.»

El viejo no levantaba la cabeza, como indiferente á todo lo que le rodeaba.

La vieja de cuando en cuando decía lo mismo que había dicho antes el viejo: «No te mojes, niña, no te mojes.»

Y así pasó un rato.

Los dos ancianos, separados, silenciosos, ¡indiferentes, mirando á la tierra; que acaso era la negra fuente en que uno y otro revolvían sombras futuras, mientras los nietos miraban las claras ondulaciones del agua y jugaban con sus cristales.

La intimidación de los dos pequeñuelos iba siendo cada vez mayor. La niña había perdido el miedo por completo y resultaba más valiente, más atrevida, más traviesa que el muchacho.

Al cabo de media hora resultaron amigos íntimos.

Abandonaron la fuente y corrieron bajo los árboles, agotando todo el repertorio de juegos infantiles que uno y otro sabían.

Cuando ya fueron muy amigos riñeron, como es natural; porque cuando el cariño no puede crecer más, tiene que convertirse en malquerencia, ya que no en odio.

La niña, lloriqueando, se volvió con su abuela. El niño, enojado y repitiendo varias veces: «Pues jugaré yo solo», se puso al pie de un árbol á formar montoncitos de tierra.

Los dos viejos se habían quedado dormidos; pero cuando la niña vino á buscar consuelo en su abuela, despertó ésta y se puso á mirar al viejo.

—¿Quién será ese?—pensaba—¡No le conozco; no es de la aldea! Y de los alrededores tampoco, porque conozco á viejos y á mozos. ¡Será forastero!

A todo esto, el enojo de los pequeñuelos se iba gastando, como todo se gasta; ¡enojos y cariños!

Y se cansaban de estar solos, y deseaban hacer las paces; pero la dignidad les retenía en su alejamiento.

Al fin, el chico encontró un medio.

Se levantó y empezó á correr trazando círculos. Los círculos iban siendo cada vez mayores, con lo cual se acercaba cada vez más á la niña, sin acercarse, y todo quedaba en su punto: la dignidad y el deseo.

La niña, que al principio había hundido la cabecita en la falda de su abuela, concluyó por cansarse de aquella postura, como se había cansado de llorar. Porque así como todo pasa, todo



EXPOSICIÓN DE PARÍS.—EL GRAN PALACIO

cansa. Cansa la risa y cansa el llanto, y hay que irlos alternando. El único que no se cansaba de dormir era el viejo, y es natural.

Los círculos del niño eran cada vez más anchos, y ya casi tocaba á la niña al llegar al perigeo de su órbita.

La niña seguía con curiosidad creciente las revoluciones astronómicas del chico. Preveía el resultado y lo esperaba con ansiedad. Hasta ponía algo de su parte, porque se separaba un poquito de la abuela.

El chiquillo, sofocado, anhelante, las mejillas encendidas, el pelo revuelto y sudando á mares, seguía dando vueltas cada vez más dilatadas.

Y el sol continuaba bajando, y sus rayos, cada vez más oblicuos, iluminaban la cara rugosa del viejo que dormía; la cara de la vieja que no dormía ya, y que, al contrario, seguía con cierto interés las evoluciones del muchacho, y el caño de la fuente siempre cristalino, siempre puro, siempre deshaciéndose en espumas.

Al fin, el niño, violentando acaso su trayectoria, pasó rozando con la niña, y ésta le dijo riendo: «Ya me has tocado», y el pequeñuelo cerró el círculo de pronto, y abrazándose á la niña le dijo: «Pues ahora te toco más». Y así, abrazados y riendo, se fueron á jugar otra vez bajo los árboles.

Entre los muchos juegos que inventaron, uno de los más interesantes fué éste:

Se colocaban á mucha distancia y corrían los dos, uno al encuentro del otro, y en el momento de encontrarse decía el niño: «Adiós, amiga». Y decía la niña: «Adiós, amigo», y seguían corriendo.

Y así una vez y otra, y siempre al encontrarse las mismas frases: «Adiós, amigo», «Adiós, amiga», acompañadas de grandes risas, como si aquello fuera la cosa más graciosa del mundo.

Pero una vez, al cruzarse, el niño detuvo á la niña y le preguntó: «¿Cómo te llamas?» «Lolita, como mi abuela. Ella se llama Lola. ¿Y tú?» Y el niño respondió: «Juanito, como mi abuelo. El se llama Juan.»

Con que el descubrimiento fué motivo de nuevas risas. Y continuó el juego: los dos sudorosos, los dos sofocados, los dos pasando por entre los árboles y por la sombra del follaje, de la sombra á la luz y de la luz á la sombra. Y los rayos del sol sorprendiendo sus cabecitas monas para inundarlas de claridad y dejarlas escapar luego.

Pero el repertorio cambió algo; al encontrarse los niños, ya no se decían: «Adiós, amigo», «Adiós, amiga», sino «Adiós, Lolita», «Adiós, Juanito.»

Habían corrido los años; ella había llegado á ser una moza, y muy guapa, según todos juraban. Y él había llegado á ser el mozo más gallardo de la aldea, según á ella le parecía.

Pero llegó un momento, una tarde muy alegre para la fuente, para el bosque, para el cielo; muy triste para los dos enamorados. El había caído soldado y se marchaba á servir al rey, y allí

mismo se despidieron, junto á la fuente. Y junto á «La fuente del beso» se dieron el último beso: el beso de despedida. El dijo: «Adiós, Lola». Y ella dijo: «Adiós, Juan.»

El se alejó. Ella quedó junto á la fuente. Lloró mucho, y cuando tuvo que volverse á la aldea, se lavó los ojos con el agua del caño para que no conociesen en su casa que había llorado.

Aquellas lágrimas mezcladas al agua de la fuente, sin duda hacía ya muchos años que habrían llegado al mar.

Porque pasaron muchos años y Lola y Juan no se habían vuelto á ver.

La vieja, al recordar todo aquello, lloró amargamente. ¡Es lo único que no envejece! El llanto. ¡Pueden llorar los niños, como pueden llorar los viejos! No habrá risas, no habrá alegrías, acaso no habrá esperanzas; pero hay lágrimas disponibles para todas las edades.

La vieja se levantó al fin, y gritó, porque los niños estaban lejos: «Ven, Lolita, que ya es tarde.»

Al oír aquel grito, el viejo despertó y llamó también al muchacho.

Y al volver junto á la fuente los niños, se estrechó el grupo de los cuatro personajes, porque los dos niños venían abrazaditos.

Se vieron de cerca los dos viejos, se miraron con curiosidad y casi se saludaron con simpatía. Los niños eran amigos; pues era preciso que ellos lo fueran también.

—Usted no es de la aldea,—dijo ella.—¿Es usted forastero?

—De la aldea soy, que en ella he nacido—dijo él—y á ella he vuelto; que esta mañana llegamos Juanito y yo.

—Pues yo siempre he vivido en la aldea, y no le conozco á usted.

—Fuí á servir al rey, y allá tuve que quedarme, y en otras tierras he vivido. De esto hace muchos años; ¡ya pasa el tiempo, ya pasa!

Los dos viejos se miraron más de cerca, y un recuerdo lejano, muy lejano, muy oscuro, muy borroso, saltaba de uno á otro como insecto que salta entre dos piedras.

—¿Cómo se llama usted?—dijo ella, repitiendo la frase que había pronunciado su nieta momentos antes.

—Yo me llamo Juan. ¿Y usted?

Y la vieja temblándole mucho los labios, murmuró:

—Yo me llamo Lola.

Los niños se despedían dándose un beso, y diciendo á la vez: «Adiós, Lolita», «Adiós, Juanito.»

Los viejos se miraron llorando. Se estrecharon las manos; ¡pobres manos! ¡Sarmientos que se entretujan con sarmientos! Y se separaron diciendo: «Adiós, Juan», «Adiós, Lola». Pero aquella vez sin darse un beso.

La fuente no era «La fuente del beso» más que para Juanito y Lolita.

Y la vieja se fué por el camino bajo limpiándose los ojos y llevando agarrada del delantal á la niña.

El viejo se fué por el camino alto llevándose el niño de la mano.

La fuente siguió manando y el caño deshaciéndose en espumas, que pronto fueron tan negras como la noche, porque el sol, lento, majestuoso, se hundió con sublime indiferencia bajo el horizonte.

JOSÉ ECHEGARAY,  
De la Real Academia Española.



## DON GOTRÁN

(CUENTO ESPAÑOL)

Era noche en el castillo.

El reloj de la casa ayuntamiento de la villa próxima, situada á 125 kilómetros, cantaba las doce. En medio del silencio no se oía ni el vuelo de una mosca.

Nevaba como pudo el día del estreno de la nieve.

No habrá que decir que esto ocurría en invierno.

Pero invierno crudo y persistente.

Al reflejo de la escasa luz en la blanca alfombra, se veía ó se adivinaba el castillo de don Gotrán, señor de cuanto abarcaba la vista en aquella comarca, hombre que frisaba ó que corniseaba en los cuarenta años, aunque bien conservado á pesar de la vida desenfadada que había llevado en su juventud.

Poderoso y sin más ley que su capricho, ni conocía otro señor que su voluntad virgen y mártir, ni respetaba al monarca de Castilla, á la sazón Enrique III, de quien se burlaba diciendo que «andaba mal de ropa.»

¡Pobre Enriquillo!

¡El tan bueno, tan infeliz, verse obligado á llevar el gabán ruso á una casa de préstamos!

El conde don Gotrán había heredado de su padre el señorío y las pingües rentas y los vasallos, sobre los cuales ejercía, no ya todos los derechos imaginables, sino todos los abusos, desde el de vida y hacienda, hasta el de pernada ó patada, sin distinción de sexos ni edades.

(Aunque, como queda dicho, esto ocurría en la Edad Mediana).

Llegado á los cuarenta años, el conde pensó en buscar esposa, harto ya de tratar solamente con sus escuderos y criados domésticos ó rurales.

Y como era hombre de buena estrella, proporcionóse ésta una esposa que no se merecía el ya entrecano conde.

Luz, hermosísima doncella, si bien alcarreña, hija del rico *home rule* de Jadraque, don Tello, y de madre anónima.

Concertaron la boda ambos caballeros, y con tal magnificencia, como nunca se había sospechado siquiera en aquellos pueblos, verificóse la ceremonia.

Concurrieron á los festejos, que duraron quince días y quince noches, y hubo toros y cañas, y bailes y farsas y mogigangas, y el vino corrió por aquellas campiñas como para inundarlas, y los pobres divertían sus ocios, un mes después de las fiestas, «apedreándose» con libretas y chorizos, y chuletas y frutas exquisitas.

Los recién casados pasaron la luna de miel en el castillo; porque aun no estaba terminado el ferrocarril del norte de España.

Y aunque bien hubieran querido visitar á París, para hacerse ropas y armaduras, tuvieron que desistir de sus deseos.

El castillo del conde don Gotrán era edificio inmenso é inexpugnable.

Todas sus fachadas daban al campo, aunque á diferentes vientos, por verdaderas valentías artísticas del constructor.

Amurallado y almenado en todos sus ángulos y en todos sus lienzos, y rodeado por un precipicio que le servía de foso, intentar asaltarle habría sido locura manifiesta.

El color de la piedra, la majestad del conjunto, la soledad de aquellos sitios, todo era allí severo, triste y aun casi pavoroso.

Pero, en cambio, dentro del castillo todo era lujo y alegría.

El conde se sentía locamente enamorado de su esposa.

Pero Luz abrigaba presentimientos siniestros.

Su educación, nada sólida ni rigurosa, había engendrado metafóricamente hablando, en la hermosísima joven supersticiones y melancolías injustificables.

—¿No eres feliz?—le preguntaba el amante Gotrán.

Y ella respondía tímidamente:

—Sí, muy feliz, mucho.

—Pero esa tristeza, Luz mía!.. —objetaba el caballero, estrechando entre sus nervudos brazos á su esposa.—¡Luz, Luz, Luz! repetía el conde, como enjuagándose la boca con aquel nombre.

Era de noche en el castillo cuando ocurrió lo que vamos á narrar.

Noche de invierno.

Es decir, media noche, puesto que eran las doce.

Luz se había retirado á su camarín, y el conde quedó solo en su camaranchón ú despacho.

No se oía sino el chirrido estentóreo del buho y de la lechuza que rondaban durante la noche aquellos sitios.

Pero de pronto resonó en el espacio una melodía dulce y plañidera.

Era indudablemente una guitarra.

Después se oyó una voz como un suspiro prolongado.

Era un trovador, seguramente.

El conde sintió que se le agolpaba la sangre de sus mayores en la cabeza.

Escuchó y oyó claramente una trova amorosa.

Era á ella, á Luz, sin duda.

Pero ¿quién se atrevía á tanto?

¿Quién burlaba así á los ballesteros que guarnecían el castillo?

¿Quién se atrevía á no temer al conde Gotrán?

Ciego por la ira, salió de su habitación y se dirigió á la de su esposa.

Empujó violentamente la puerta y saltó la cerradura.

Doña Luz no pudo contener esta exclamación candorosa:

—¡Qué bruto!

El conde se precipitó hacia la ventana, que estaba abierta.

Luz lanzó un grito y corrió á detener al conde.

Pero éste, cuchillo en mano, asomó, y viendo una escala pendiente del muro, la cortó en dos tajos.

En seguida se oyó un golpe en el fondo del precipicio y un ¡ay! lastimero.

Luz cayó sin sentido en el suelo.

—¡El infame ha muerto!—rugió Gotrán.—Y ahora tú.

Y blandiendo el cuchillo, le sepultó de un solo golpe en el corazón y demás vísceras de la bellísima Luz.

Cuando ésta quiso volver en sí, ya había exhalado el postrer suspiro.

## EL REGLAMENTO DE LOS CARROS ELÉCTRICOS

El reglamento expedido por la Alcaldía para los tranvías eléctricos es bastante incompleto. Nos permitimos recomendar que se aprueben los artículos siguientes:

- 1.º Los cocheros deberán usar el uniforme de los Húsares de la Muerte.
- 2.º Es prohibido hacer onces y, sobre todo, jugar á la baraja sobre la mesa protectora, porque las cartas de espadas podrian producir una descarga eléctrica sobre los jugadores.
- 3.º Se aumentará la dotación de mesas de la Morgue en cien más.
- 4.º Para proteger las compañías de seguros, se deberá prohibir la entrada á los tranvías á las personas aseguradas de la vida.

Se permitirá á los pobres de solemnidad subir sobre la meseta y aun colgarse de los alambres. No correrán peligro alguno, porque sabido es que la pobreza es el mejor aislador.

### NADIE SABE PARA QUIEN TRABAJA



LAS

# NOVEDADES PARISIENSES



## PARA LAS CARRERAS

ACABAN DE LLEGAR:

---

Sombreros



Guantes

---

Abanicos



Trajes

---

*J. Zamulo y Le Besque*

---

### CAMBIO REPENTINO

No hay un hombre más feo que Amadeo;  
¡Hasta su misma madre lo halla feo!  
Ni una mujer le ha puesto buena cara;  
Pero ayer en la Plaza ¡cosa rara!  
Diez y ocho niñas todas muy hermosas  
Le iban diciendo frases amorosas.  
¿Qué originó este cambio tan extraño?  
—Un terno de vestón de muy buen paño  
Que don Pedro Pascual le hizo en un rato  
Y exigiéndole un precio muy barato.

ESTADO, 25  
SASTRERIA PARISIENSE

### Simpson y Ca.

El Almacén predilecto de las Familias

Almacén de Té y Provisiones

Estado esq. de Agustinas - SANTIAGO - Teléfono Inglés, 302

Casilla 6, Teléfono Nacional 140

— T É —

El surtido más grande en Santiago. Gran surtido de con-  
servas inglesas, francesas, alemanas é italianas. Porcelanas  
cristales, plaqués, quincallería, cuchillería y artículos en-  
lozados.